

Silbando en la oscuridad

GUEJE

(Ángel Utrillas Novella)

Editorial Alfasur, S.L.

ISBN 978-84-95811-12-7

Dep.Legal: SE-2948-2007 U.E.

INVITACIÓN.

Madrid siempre me inspira sentimientos contradictorios sin término medio; amor odio, sosiego ira, acidia diligencia. Se trata de una ciudad que no admite contrastes, en ella no hay silogismos, únicamente premisas sin conclusión. Eres viejo o eres joven, cobarde o valiente, hace frío o calor, blanco o negro, invierno o verano, tirios o troyanos.

Madrid, siempre insoportable y sin embargo imprescindible; cemento, amianto y hormigón. Madrid arte, cultura y expansión. Ciudad que acoge al vagabundo, hospeda al peregrino y estresa al ciudadano; libera al oprimido, emplea al parado y colapsa los sentidos. En el siglo XVII Madrid no era así, pero ya aspiraba a serlo; era más humana, menos descomunal, era teatro y toros, era fuego abrasador y redentor de hoguera inquisidora. Era el Madrid de los Austrias, el siglo de oro en su máximo apogeo, mentideros y tertulias, Góngora y Quevedo, Velázquez y El Greco; horizontes de grandeza. Ahora, con el siglo XXI llamando con insistencia desde el umbral de la Puerta de Alcalá, sin que la Diosa Cibeles se decida aún a franquearle la entrada, para que no se cuele sin permiso el fin del mundo en forma de eclipse auspiciado por Nostradamus, veo edificios de antaño que contra todo pronóstico han vencido a la historia y siguen en pie. Han soportado guerras, incendios, hecatombes, agresiones de toda índole. Soportan a diario tráfico, ruido, contaminación, manifestaciones cuyos protagonistas les arrojan huevos podridos, pintadas de artistas frustrados y frustrantes que a la porquería la llaman expresión e incluso vía de comunicación.

Es éste el Madrid de San Isidro y de la Almudena, el de San Antón y el Cristo de Medinaceli, es el castizo e intrínseco Madrid de la Virgen de la Paloma que se inventa a pasos agigantados la modernidad. Sigue siendo capital del teatro y de los toros, incluso de cumbres internacionales por la paz, hemos cambiado el espectáculo de las hogueras de la Inquisición por el mayor espectáculo del mundo, que ya no es el circo sino el fútbol; y si

bien los fuegos fatuos de la Santa Inquisición reunían a nuestros antepasados en torno a la Plaza Mayor, el fútbol en ocasiones nos congrega en Neptuno o Cibeles con idéntica contundencia.

Poco hemos cambiado y me pregunto si hemos evolucionado. En la actualidad Madrid alberga miles de historias inadvertidas, infinidad de personajes anónimos, sirva como ejemplo esta narración y sirva además para conocer una historia que en su día pasó desapercibida, un episodio más engullido por esta urbe descomunal.

Os invito a pasar la página y hurgar en sus vísceras.

INTRODUCCIÓN:

No amanece por nada.

COMPAÑEROS.

*Compañeros, compañeros, hasta aquí ya hemos llegado,
Atrás dejamos la noche con la violencia y el miedo,
Dejamos en los caminos, compañeros que no han vuelto,
Que no han podido seguir contra este brutal esfuerzo.
Qué larga ha sido la noche y el alba que tanto tarda
Salid al camino hermanos que no amanece por nada
Y en nombre de los caídos, de los que nunca llegaron
Hagamos de su esperanza tiempos de hambres renovados.*

José Antonio Labordeta.

Nunca lo supe, o quizá lo supe y quise ignorarlo, o tal vez lo supe y olvidé ignorarlo. Eso ya no importa, ya nada importa. El árbol que sembraste se ha secado, mis lágrimas no fueron suficientes para regarlo. Madre sigue enferma, según creo sólo la conserva viva la ilusión de tu regreso, en cuanto a mí, todas las noches dejo abierta la puerta de la casa y tu alcoba preparada por si decides volver y al amanecer, corro a tu habitación con renovadas esperanzas y veo las sábanas frías y vacía, una alborada más, tu almohada, es entonces cuando pienso en voz alta: Otro día amanece por nada.

Espero ansioso tu regreso hijo mío. Tu padre que aún te quiere.

El muchacho dobló la carta con sumo cuidado pues el gastado papel estaba a punto de romperse de puro viejo, guardó el manoseado sobre en el bolsillo de la camisa, y recordó sus últimas semanas de vida con una lágrima rodando por su mejilla.

Abandonó su pueblo natal con dirección a la capital, con una bolsa de deporte llena de ropa, inquietudes, sueños y esperanzas. Llegó a Madrid con la firme intención de ser actor y a duras penas consiguió un empleo de vigilante de seguridad, cuyo mísero salario, le servía para malvivir y pagarse las clases de arte dramático.

Se presentó a todos los castings de que tuvo conocimiento, pero sólo consiguió trabajar en papeles de extra, ni tan siquiera una frase, ni una sola palabra, nada. Sin embargo todo iba a cambiar, se había fijado una meta, un plazo: Si para Navidad no había logrado algún avance considerable en su frustrada carrera, desistiría, lo dejaría todo y regresaría al pueblo a ocuparse del pequeño negocio familiar y de las labores del campo.

Entre tanto en Madrid los últimos días de marzo un aire huracanado y frío azotaba la ciudad, aquel aventamiento arrastraba una vaharada de recuerdos, rescoldos del pasado, reminiscencias de su infancia cuando el Cierzo soplaba del Moncayo.

Unos golpes insistentes sonaban ambiguos por encima de los furiosos envites del viento. El vigilante agudizó sus sentidos y se concentró, tratando de adivinar la procedencia

del ruido. Parecía como si alguien golpeará desde fuera la puerta principal del edificio, y así era en efecto.

_ ¿Quién vendrá a estas horas un sábado por la mañana?, algún despistado, seguro._
murmuró mientras se aproximaba al lugar de donde procedían los golpes; entreabrió la puerta sin quitar las cadenas de seguridad y preguntó visiblemente molesto:_ ¿Qué quiere?.

_ Debo entregar un sobre en esta dirección, es muy urgente._ Respondió un mensajero.

_ Aquí no hay nadie, los sábados no trabajan.

_ ¿Puede recogerlo usted?, debimos entregarlo ayer pero se traspapeló, quizá sea importante.

_ ¿A quién va dirigido?.

_ Al señor Javier Giménez Fernández.

_ Sí, es el Presidente, y ¿dice que debió ser entregado ayer?.

_ Sí, estuvieron todo el día llamando y preguntando por el dichoso paquete, pero se había perdido.

_ Está bien, me lo quedaré yo. __ Dijo con resignación.__ ¿Dónde hay que firmar?.

_ Aquí abajo, ponga la fecha y hora de recepción, por si desean hacer alguna reclamación._

El vigilante firmó y el mensajero agradecido se despidió:_ Gracias amigo, me quita un peso de encima. Hasta luego.

Tras cerrar la puerta intentó revisar el paquete por “rayos x”, pero el escáner estaba estropeado, como casi siempre. De todos modos era un envío esperado y lo habían estado reclamando, por lo tanto el peligro era reducido, prácticamente inexistente. Marcó el número de teléfono del domicilio particular del Presidente. Al otro lado de la línea alguien contestó con tono de contrariedad.

_ Dígame.

_ Buenos días señor Presidente, soy Alberto, disculpe la molestia, le llamo del departamento de seguridad, acaba de llegar un paquete a la oficina, al parecer lo esperaban ayer con urgencia.

_ ¡Ah sí!, debe de ser el resumen de acuerdos de la reunión del lunes, compruébelo por favor, debe haber una cinta de vídeo y una carpeta de documentos en el interior.

El sobre era grande, de color amarillento, estaba arrugado por el ajetreo que a buen seguro sufrió en la mensajería y a lo largo del transporte. Tenía una parte rígida y otra blanda, constaba el nombre del destinatario y la dirección en la parte frontal, mecanografiados. No había datos del remitente.

_ Lo siento señor, no puedo asegurar cual es el contenido, hay una zona rígida, parece en efecto una cinta de vídeo pero no puedo garantizarlo, además no figura el remitente.

_ ¿No puede mirarlo en el escáner?.

_ No señor, está averiado.

_ De acuerdo, entonces ábralo, si se trata de esa documentación iré inmediatamente a por ella, la necesito con urgencia.

Rasgó el sobre algo nervioso, en el interior había un montón de papeles y una cinta de vídeo sin caja. Tiró de la cinta hacia fuera para observarla con mayor claridad.

Se trataba de una trampa explosiva con sistema de encendido por tracción. Al tirar de la cinta el iniciador de nitruro de plomo se activó. Un estruendo sonó de inmediato, la explosión fue terrible, pero el vigilante no la escuchó.

Un relámpago de luces multicolores partió de sus manos. No gritó blasfemando sucias injurias, no le dio tiempo. Tras el fognazo vino el calor abrasador, la piel del rostro hirvió, sus brazos, su cara, su pecho, se convirtieron en un amasijo de carne quemada, músculos mutilados y huesos quebrados.

La luz de sus ojos se apagó, todo sucedió de repente, sin aviso previo. No se oía ya el viento, tan sólo un zumbido agudo y persistente, el sonido de la muerte paseando por los alrededores.

Silencio y oscuridad, pensó por un momento que había muerto, luego creyó estar desmayado, inconsciente, pero el ulular de una sirena le sacó de su error, finalmente el dolor lacerante le aproximó a la verdad. Estaba herido, de extrema gravedad pero consciente, ciego y mutilado sobre un charco de sangre pero vivo y cruelmente consciente. Por más que abría los ojos y se esforzaba no conseguía ver nada. Le dolía la cabeza, intentaba tocarla, acariciarla para aliviar el dolor y no conseguía mover las manos, no le obedecían, no respondían a las órdenes del cerebro, o ¿acaso no estaban allí?. Esas eran sus elucubraciones cuando definitivamente tuvo la suerte de perder la consciencia.

El inspector de guardia de la empresa de seguridad donde trabajaba Alberto llamó al centro de control desde el hospital.

_ No ha muerto, pero está ciego por completo, ha perdido toda capacidad auditiva del lado derecho y sufre reducción del cincuenta por ciento en el lado izquierdo. Ha perdido ambos brazos y mucha sangre, pide por la emisora donantes del grupo "A Negativo". Una vez hecho el comunicado llama al departamento de personal, diles que envíen a ese servicio al vigilante que solicitó el traslado de la casa de los fantasmas y contraten a un vigilante nuevo para allí. ¡Ah! Otra cosa, estableced contacto con el seguro, debe tramitar todas las indemnizaciones para la familia de este pobre muchacho.

A las siete de la mañana era un joven lleno de vitalidad, con inquietudes, sueños y esperanzas, ahora, doce horas después, por una extraña secuencia de circunstancias adversas y por obra de algún desalmado mal nacido, era casi un vegetal, un ser indefenso incapaz de valerse por sí mismo.

Un poco más tarde en otro lugar de Madrid, el teléfono sonó tres veces:

_ Dígame. __ Contestó una voz soñolienta.

_ Por favor ¿está Álvaro Mohíno Ibañez?.

_ Sí, soy yo. ¿Quién es?.

_ Llamamos de la empresa de seguridad, ¿continúa interesado en trabajar con nosotros?.

_ Sí claro, por supuesto.

_ Entonces mañana a las nueve pase por la oficina para firmar el contrato. A las doce debe estar en la sastrería para recoger el uniforme y a las diecinueve horas comienza a trabajar, ya le comunicarán en la oficina por la mañana cual es su centro de trabajo.

_ De acuerdo, pero ¿es necesario actuar con tanta premura?.

_ Sí es necesario, ¿hay algún inconveniente por su parte?.

_ No, no, ninguno en absoluto, estaré ahí a las nueve en punto.

_ Bien, hasta mañana entonces.

_ Gracias. __ Adujo con timidez y complacencia, no obstante su frase no fue escuchada, cuando Álvaro pronunció la última palabra, al otro extremo del hilo telefónico ya habían cortado la comunicación.

CAPITULO 1º:

El caballero negro y su oscura misión.

EL CAPITAN ALATRISTE.

No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente.

(Arturo Pérez Reverte.)

La noche era negra y fría, una fina lluvia empezaba a caer. La calle estaba desierta y silenciosa. La tenue luz de un farol a lo lejos y el acompasado sonido de unas pisadas era el único indicio de vida en aquellas horas próximas al amanecer. Una silueta oscura se acercaba con paso decidido en dirección a la Iglesia de San Antón.

Alguien se detuvo en la misma entrada del templo al tiempo que cesaba el tamborileo de las pisadas. El desconocido afianzó el negro sombrero de grandes alas y subió el cuello de su capa para guarecerse de la pertinaz lluvia.

De nuevo eco de pasos cuando la negra figura cruzó la calle en dirección al edificio de enfrente, pasó bajo la luz del antes lejano farol, atravesó la reja forjada del convento de Santa Águeda entrando en el pórtico. Tres golpes secos rompieron el silencio de la noche, al otro lado de la puerta de gruesa madera, una voz masculina y grave:

_ ¿Quién va?.

La negra sombra, bajo la exigua luz del farol espetó:

_ Abran a la autoridad, Capitán de la Guardia de Madrid.

La puerta se abrió con un molesto quejido metálico. La enlutada silueta y el monje que abrió la puerta no se hablaron, apenas se miraron de soslayo. El Capitán de la Guardia giró a su derecha, conocedor sin duda del terreno que pisaba, adentrándose en un oscuro pasillo.

Crujidos de madera vieja bajo las húmedas y negras botas acompañaron su recorrido hasta alcanzar el patio interior del convento. Allí, bajo las ramas de los olmos que rodeaban el patio, una docena de figuras envueltas en los oscuros hábitos propios de la Inquisición, rezaban bajo la lluvia. Cesaron repentinamente las oraciones, uno de los frailes despojándose de su capucha dio media vuelta, la luna llena hizo brillar una cruz dorada en su pecho, abrió los brazos, elevó las palmas de las manos y el rostro y mirando al cielo dijo:

_ ¡Hágase la voluntad del Señor Dios Todopoderoso!.

Tras pronunciar estas palabras entró en el oscuro pasillo seguido por el resto de religiosos y el Capitán de la Guardia, todos giraron a la izquierda en dirección al interior del recinto. El pasillo tenía forma cuadrangular, circundando así el patio. Al fondo había una empinada escalera.

Subieron.

Unos faroles iluminaban los escalones en desagradable contraste con la oscuridad del pasillo. A pesar de la luminosidad los rostros de los monjes permanecían invisibles bajo los negros capuchones, al igual de imperceptible la faz del Capitán de la Guardia bajo las enormes alas de su sombrero.

Sólo el rostro del fraile de la cruz en el pecho resultaba visible, un rostro blanco y frío, inexpresivo y sereno, cobijado dentro de una poblada barba blanca. Se trataba del hermano Pascual, Abad Superior de la Iglesia de San Antón.

En el primer piso, aguardaban a la comitiva, cabizbajas y silenciosas, dos figuras femeninas embutidas en hábitos blancos y negros correspondientes a la congregación de Santa Águeda. El Abad dirigió su voz áspera a una de ellas diciendo:

_ Madre Superiora, es la hora de cumplir la voluntad divina.

Las dos religiosas en el más absoluto silencio comenzaron a subir encabezando el séquito. En el segundo y a la vez último piso, al finalizar la escalera, un estrecho pasillo se abría a ambos lados. El cortejo se decidió por girar a la diestra y continuó a paso lento y sigiloso hasta una cercana habitación, grande, inhóspita y siniestra. Había en ella más religiosas cubiertas con el mismo hábito de las que encabezaban la comitiva. En el centro de la habitación, sentada en una silla, una mujer vestida con túnica blanca, el pelo largo y suelto ocultando su rostro, las manos atadas con gruesas maromas sobre sus trémulas rodillas.

Cuando todos los miembros de la procesión hubieron ocupado su puesto y la quietud fue total al igual que el silencio, la Madre Superiora se acercó al asiento, colocándose delante de la mujer sentada en él. De la faltriquera sacó un instrumento cortante y con rápidos y hábiles tijeretazos cortó los cabellos a la mujer en humillante decalvación, apareciendo un rostro asustado, frágil, inmóvil.

Acto seguido, la Superiora abrió una puerta, la cual parecía dar a una especie de armario empotrado, sito en el fondo de la habitación. Con aquel gesto permitió el acceso a una figura negra y siniestra. Cubría su cabeza con un capuchón en el cual se recortaban dos agujeros para los ojos. El aspecto evidenciaba la condición de verdugo, más aún cuando de las manos ocultas por unos negros guanteletes, procedió el refulgir de un hacha. El de la cruz en el pecho tomó la palabra:

_ Capitán de la Guardia, proceda.

El caballero negro avanzó hacia la petrificada mujer situada en el centro de la estancia.

_ Hermana Consuelo, novicia de la congregación de Santa Águeda, el Tribunal de la Santa Inquisición os ha encontrado culpable de herejía y brujería, estos delitos son castigados con la pena de muerte. Tiene la pecadora algo que decir antes de cumplir con la voluntad de Dios.

Dos lágrimas aparecieron en el rostro fatigado de la mujer, donde se adivinaban restos de torturas e interrogatorios abundantes, persistentes y no demasiado lejanos.

_ Soy inocente. __ logró balbucir.

El Capitán de la Guardia, hizo un gesto imperceptible bajo su sombrero, mirando en dirección al verdugo. Avanzó el castigador hacia la silla colocándose detrás, tapó la cabeza de la mujer con un tupido casquete de tela negra y áspera, ahogando con él unos tímidos sollozos. Con la siniestra obligó a la mujer a arrodillarse a un lado y apoyó su

embozada testa sobre la silla. Dirigió una mirada interrogadora al Abad. El de la cruz en el pecho dijo:

_ ¡Sea cumplida la sentencia!.

Un golpe estruendoso llenó de espanto la habitación, algún grito, algún desmayo. El cuerpo cubierto de la túnica blanca se desplomó en el suelo, separado el tronco de su cabeza, la cual rodó tras caer de la silla brutalmente decapitada. La sangre brotaba sin cesar manchando el pavimento, impregnando el ropón blanco de la ajusticiada, enturbiando las conciencias.

La comitiva abandonaba la habitación entre lamentos, ninguno volvió a mirar, unos por miedo, otros ocupados en atender a las desmayadas. El Capitán de la Guardia envolvió en un oscuro lienzo el seccionado miembro, tres monjes vistieron al tiempo el cuerpo inerte con una manta a modo de mortaja.

Salieron.

Recorrieron con la siniestra carga todo el pasillo hasta el final donde sólo había una pared húmeda y desconchada. A un metro por encima del suelo, una portezuela fue abierta, descubriendo una estrecha galería. Un repugnante hedor procedente del interior del pasadizo les hizo retroceder. A pesar de la pestilencia, el Capitán, arrojó en el interior del túnel el lienzo con tanta fuerza como fue capaz de reunir, los tres monjes entraron, avanzando arrodillados conteniendo la respiración, arrastrando el cuerpo sin vida tan lejos como su valor les permitió ahondar en el pasadizo. Cerraron la portezuela metálica del improvisado túmulo y desaparecieron sin hablar.

La puerta del convento se cerró, instantes más tarde, tras el Capitán de la Guardia.

Embozado en la capa por ocultarse más de miradas inoportunas que del frío, avanzó por la calle mojada con las primeras luces del alba.

Se detuvo un momento volviendo la vista atrás y fijando sus tristes ojos en la figura de San Antón, que presidía la entrada de la iglesia. Mirando fijamente la escultura murmuró:

_ Te ruego intercedas por mí ante Dios para que tenga la infinita bondad de perdonarme.

CAPITULO 2°:

El primer día de trabajo.

SINO SANGRIENTO.

De sangre en sangre vengo

Como el mar de ola en ola

De color de amapola el alma tengo

de amapola sin suerte de mi destino,

y llego de amapola en amapola

a dar en la cornada de mi sino.

(Miguel Hernández.)

La noche era negra y fría, una fina lluvia comenzaba a caer. La calle no estaba ni desierta ni silenciosa. La gente corría desconcertada, sorprendida por el molesto calabobos, los mendigos buscaban una boca de metro donde cobijarse de la lluvia. Dentro del impermeable oscuro, un joven apresuraba el paso, no quería llegar tarde a su primer día de trabajo. Bajo el chubasquero, se adivinaba el flamante uniforme nuevo, recién obtenido en la sastrería.

Después de varios meses en el angustioso paro, había conseguido un empleo en una empresa de seguridad: vigilante nocturno. No era gran cosa, pero para aquel muchacho lo era todo, el principio, quizá, de una buena racha que truncara su eterna mala suerte. El refugio, quizá, donde cicatrizarían las heridas de una vida plagada de fracasos, de decepciones . . .

El cura de la iglesia de San Antón cerraba ya las puertas del templo. Un joven con chubasquero oscuro le preguntó por una dirección, el clérigo alzó el brazo derecho, todavía la enorme llave de la parroquia permanecía en su mano y señaló con ella el edificio de enfrente.

Cruzó el muchacho la calle raudo, arriesgándose a ser atropellado y olvidando dar las gracias al amable párroco, pasó bajo la reja forjada de lo que antaño fue el convento de Santa Águeda y entró en el pórtico.

Tres golpes secos y urgentes sonaron en la puerta de gruesa madera. No hubo respuesta, sólo un sonido metálico a su derecha y con ese ruido el descubrimiento de la existencia de un portero automático.

_ ¿Quién es?.

_ Soy el vigilante del turno de noche, vengo a hacer el relevo.

Sonó un click, se abrió la puerta. En la entrada, una garita con cristales blindados, estrecho habitáculo para el centinela, a la derecha un oscuro pasillo.

_ Hola soy Rafael Pizarro.___ Saludó el vigilante de servicio. ___ ¿Tú eres el nuevo?.

_ Sí, me llamo Álvaro Mohíno.

_ Encantado de conocerte Álvaro, bueno pasa como si estuvieras en tu casa, si has traído algo de cena déjala en la nevera.___ Dijo señalando un cuarto anexo a la garita. ___ Ahora te acompaño al vestuario para que te cambies.

Guardó sus mojadas prendas en la única taquilla libre existente y a juzgar por lo limpia que estaba no habría permanecido mucho tiempo vacía, se cambió sus botas de agua por los elegantes zapatos del traje, y ya, perfectamente uniformado, echó un frugal vistazo a su alrededor. Sin duda aquello había sido una iglesia y el vestuario se encontraba en la parte más alta, posiblemente en un antiguo campanario.

Se reunió con su compañero y éste le enseñó la operativa del servicio. Así aprendió, con breves lecciones, el manejo a distancia de las puertas mediante unos botones incrustados en el panel de mandos, todas sin excepción se abrían y cerraban desde el puesto de control. Asimiló el funcionamiento del circuito cerrado de televisión con la ubicación de las diez cámaras, la central de alarmas detectora de incendios, el panel de alarmas de intrusión activado por volumétricos . . .

Tras las obligadas explicaciones, aluvión de informaciones fáciles de comprender e imposibles de memorizar, Rafael desfundó el arma que portaba en el lado derecho de su cinturón, abrió el tambor del revolver y manteniendo el cañón siempre apuntando al suelo en perfecto ángulo de cuarenta y cinco grados, lo entregó a su nuevo compañero.

_ Aquí tienes Álvaro, el revolver, la guía de pertenencia y la munición. Éstas son las llaves del convento llévalas siempre en tu poder, por si se cierra alguna puerta y quedas atrapado. ¡Ah! Por cierto a este edificio le llamamos, entre nosotros, “el convento”, no pienses que te he dado las llaves de la iglesia de enfrente. Cuando estés preparado haremos una ronda para enseñarte el edificio, deberás familiarizarte con estos viejos muros.

Álvaro, con los nervios propios del primer día, guardó la guía de pertenencia del arma en un bolsillo, cerró el cilindro del revolver, no sin antes cerciorarse de que en su interior se hallaban ubicadas las seis balas y lo guardó en su funda, percibiendo el olor del cuero nuevo.

Rafael, asistía a toda la parsimoniosa ceremonia, típica de un novato, con infinita paciencia, todavía vigiló los torpes movimientos del novel, colocando los quince cartuchos reglamentarios en la canana de su cintura, ajustando los grilletos y afianzando la defensa en el tahalí. Finalmente Álvaro comunicó al compañero:

_ Ya estoy preparado, vamos a conocer . . . ¿cómo lo llamáis?, el convento.

_ Sí, el convento, éste era el antiguo convento de Santa Águeda.

Se adentraron en el oscuro pasillo, una puerta se cerró con estrépito tras ellos empujada por alguna corriente de aire inoportuna, Álvaro volvió la vista atrás al tiempo que el primer escalofrío recorrió su espalda.